

Domingo 3º. Tiempo Ordinario Año C

Lectio divina sobre Lc 1,1-4; 4,14-21

El texto evangélico no es uniforme. El pasaje presenta dos partes muy diferentes entre sí; además, la segunda no ofrece la escena completa. Lo que representa una dificultad para su comprensión y la asimilación creyente. En la primera Lucas se presenta a sí mismo y su obra y descubre su intención: escribe para mostrar la solidez de la catequesis cristiana; se ha informado bien e intenta hacerlo mejor que sus predecesores. En la segunda el narrador presenta a Jesús y su misión personal. Es un texto programático: Jesús se da a conocer de sus paisanos; no es quien ya conocen sino aquel a quien esperaban: el hombre del Espíritu, el enviado de Dios, el libertador del necesitado, el anunciador de la salvación. Hoy también se cumple la Escritura para quien acepte a Jesús como él mismo se nos presente, como quiere ser para nosotros. Mejor que imaginarse cómo ha de ser, permitámonosle que sea como Dios nos lo ha dado: valdrá la pena dejarse sorprender.

Ilustre Teófilo:

Muchos han emprendido la tarea de componer un relato de los hechos que se han verificado entre nosotros, siguiendo las tradiciones transmitidas por los que primero fueron testigos oculares y luego predicadores de la Palabra. Yo también, después de comprobarlo todo exactamente desde el principio, he resuelto escribírtelos por su orden, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido.

En aquel tiempo, Jesús volvió a Galilea, con la fuerza del Espíritu; y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en las sinagogas y todos lo alababan.

Fue Jesús a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el Libro del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito:

***“El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque él me ha ungido.
Me ha enviado para dar la Buena Noticia a los pobres,
Para anunciar a los cautivos la libertad,
Y a los ciegos, la vista.
Para dar libertad a los oprimidos;
Para anunciar el año de gracia del Señor”***

Y enrollando el libro, lo devolvió al que le ayudaba, y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Y él se puso a decirles:

“Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír”

I. Lectura: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice.

Nuestro texto, aunque compuesto arbitrariamente, tiene una clara función introductoria: el primer párrafo, proemio del evangelio, presenta el libro; el episodio que sigue presenta al protagonista. Leído como se nos presenta en esta versión litúrgica, cuanto asevera el autor sobre la veracidad de su testimonio subraya lo que va a narrar sobre la presentación oficial en ‘sociedad’ de su biografiado.

Siguiendo el modelo de la historiografía a él contemporánea, Lucas indica a sus lectores el contenido, el objetivo de su escrito, al tiempo que reivindica la validez de su método narrativo. Cuanto va a relatar, está contrastado y es digno de ser aceptado: el lector, Teófilo a quien va dedicado el volumen, puede estar seguro de contar con una narración fidedigna.

Lucas inicia la crónica del ministerio público de Jesús en Nazaret. Semejante elección es estratégica; para ello ha tenido que cambiar el orden de su fuente (Mc 6,1-6). Aunque conocido ya en los alrededores, Jesús presenta su programa y se presenta a sí mismo ante sus paisanos, durante el servicio religioso un sábado. Siguiendo la propia costumbre, Jesús participa en el culto, lee la Escritura y la explica. Hasta aquí todo es normal. Lo realmente asombroso es el comentario que hace, cuando todos los ojos estaban fijos en él: *hoy se cumple*. Delante de todos sus conocidos, entre quienes había crecido (Lc 2,39-40), se atreve a decir que cumple la Escritura que ha leído. El paisano se presenta como el ungido; el educado en Nazaret, como mesías anunciado. El Jesús lucano manifiesta así su conciencia mesiánica (*quién se cree*: hombre de Espíritu) y la misión que tiene asignada (*qué tiene que hacer*: liberación de los necesitados).

Mientras el texto de Isaías es citado por completo, el comentario de Jesús es breve y contundente. Su presencia en Nazaret realiza la misión del profeta: es el heraldo de Dios, su ungido, el enviado a evangelizar a los pobres, liberar a los cautivos, sanar a los enfermos y anunciar la gracia de Dios. La apropiación de la

profecía, por parte de Jesús, no sólo refleja su convicción personal de enviado de Dios sino que, además, detalla la misión por la que ha sido elegido. La audacia de Jesús – prueba evidente de su saberse poseedor del Espíritu y de una misión específica – es inaudita: la reacción de incredulidad que nacerá en el corazón de quienes crecieron con él, aunque aquí no narrada, es más que comprensible. Jesús inaugura su misión dándola a conocer a sus más allegados, a los que más lo conocen. Donde él se presenta, se cumple el ‘hoy’ de la salvación divina.

II. Meditación: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Tras afirmar con cierta solemnidad la veracidad del relato que inicia, Lucas presenta a Jesús, iniciando su ministerio público, en su pueblo natal, entre conocidos y amigos de la infancia. Como en tantas otras ocasiones participa en una asamblea semanal, donde se leían las Escrituras, aunque ahora es él quien se las explica a sus paisanos: el vecino se ha convertido en maestro. Parece natural que Jesús escogiera Nazaret para anunciar el reino por vez primera, que quisiera manifestarse a sus compatriotas como aquél que tiene el Espíritu de Dios, que ha sido enviado a proclamar su evangelio, el año de gracia del Señor, que es libertad para los oprimidos, visión para el ciego y redención de cautivos. Y por ello sorprende que los que mejor conocieron a Jesús, se negaran a aceptarlo. Sus conciudadanos no le creyeron: no podían pensar que quien les fue vecino y conocido tanto tiempo fuera ahora el enviado de Dios.

Sería una lástima que también nosotros, al igual que sus paisanos entonces, respondiéramos con la misma indiferencia e incredulidad a este ofrecimiento de Jesús. Corremos el peligro, como ellos, de creer conocerlo desde siempre, de saber sobre él tantas cosas, que no estamos dispuestos a reconocerle como el enviado que Dios nos ha mandado, que nos trae un nuevo espíritu y una buena noticia. ¿O no es verdad que Cristo se nos está convirtiendo precisamente a nosotros, cristianos desde siempre, en algo tan familiar que no esperamos de él más de lo que ya sobre él sabemos? ¿Acaso no es cierto que su evangelio, que nos resulta tan sabido, nos parece una suma de palabras sin aliciente, incapaces ya de suscitar nos interés? Si es que aún nos importa, ¿qué nos puede descubrir de nuevo Jesús?

Como los paisanos de Jesús tenemos que hacer un considerable esfuerzo para comprender que lo que él nos dice es algo nuevo y renovador, con capacidad suficiente para hacernos recuperar ilusión y esperanza en nuestra vida. Pero para llegar a ello tendremos que superar la extrañeza inicial de ver que la buena noticia lo es, porque es anuncio de un futuro libre de injusticias, liberado de enfermedades, liberador de opresiones. Y es que, y es sólo un ejemplo, si el reino de Dios se ha de instaurar en la historia concreta de los hombres, ¿cómo silenciar que hoy son pisados los hombres y sus derechos? Jesús evangelizó a sus paisanos anunciándoles libertad y consuelo; era tan bueno lo que les anunciaba que no le pudieron creer en él; les era tan familiar su persona que no prestaron fe a promesas tan estupendas. Y sin embargo, necesitaban, lo mismo que nosotros hoy, salud y paz, consuelo y compasión. Bastaría que encontrara hoy en nuestros corazones lo que echó en falta entre sus paisanos: fe y asentimiento. Si no nos faltan los problemas, ¿por qué nos escasea la fe en quien viene a curarnos?

Pero no basta con creer nosotros que Jesús quiere curarnos. Hay que darle voz y prestarle la vida para que su voluntad llegue a todos, empezando - como él hizo - por los nuestros. Precisamente en esta situación nuestra, nuestras palabras y nuestras obras deberían ser, como en Nazaret fueron las de Cristo, anuncio de libertad y promesa de salvación; nuestra vida cristiana hoy no proclama vida nueva, no es buena noticia; ya hemos desistido de presentarnos ante los demás, empezando por los conocidos y familiares, como portadores del Espíritu de Dios y de sus promesas, porque no vivimos, como Jesús, sabiéndonos poseedores de su Espíritu ni comprometidos con su evangelio. ¿Quién hará hoy llegar la voz de Cristo a los nuestros, si nosotros nos callamos? ¿Cómo se podrán saber queridos por Dios, si no se lo repetimos? ¿Cuándo empezaremos a presentarnos ante ellos como enviados de un Dios que los quiere libres y sanos, como hizo Cristo en Nazaret?

El mundo sigue necesitando del evangelio. El cristiano hoy, como Cristo entonces, debe presentarse ante los suyos y poder decirles públicamente: cuanto echáis más en falta, lo que no os podéis permitir, lo que no os podéis comprar, puede cumplirse entre vosotros; por nuestra disposición a estar junto a vosotros, por nuestro empeño de luchar con vosotros, por nuestro esfuerzo de recordaros a Dios sin descanso, por nuestra fatiga por acercaros el querer de Dios, por nuestro compromiso con la justicia y nuestra resistencia a que sigan dominando la división y el poder, somos - ¡deberíamos ser! - los cristianos una 'buena noticia' para el mundo, una razón para la esperanza entre los hombres, un evangelio, nuevos cristos. Así se presentó Cristo en Nazaret, ¿por qué intentarlo nosotros? ¿o es que no somos cristianos?

Sin embargo, no nos da vergüenza tener que reconocer que casi todas las mayores conquistas que se están dando hoy en nuestra sociedad, sociales y culturales, técnicas y políticas, se están logrando al margen de los cristianos, si es que no, incluso, a pesar de ellos. Y no nos produce tristeza el espectáculo de nuestras divisiones internas, de nuestros partidismos, de nuestra desunión. ¿Cómo vamos a presentarnos ante el mundo portadores de una esperanza nueva, con ilusión, si vivimos matando esperanzas, desencantados, y nos alimentamos - eso, al menos,

parece - sólo de desilusiones. Dejemos de una vez que el evangelio sea, para nosotros, una noticia nueva y renovadora, que nos llene de ilusión y nos capacite para promover la unidad, superar las injusticias, luchar contra el mal y dar razones para la esperanza.

Si queremos ser cristianos hoy empecemos ofreciéndonos, como Cristo en Nazaret, a los nuestros, a cuantos nos conocen, a nuestros familiares y amigos como apoyo de sus mejores esperanzas, como remedio de sus males, como trabajadores del reino. Recordándoles las promesas de Dios se acordarán más fácilmente de nuestro Dios y verán más cerca su salvación personal. Y nuestra vida será para ellos, familiares y vecinos, como en Nazaret, evangelio de Dios. Y si los tiempos no son suficientemente buenos, son los mejores para que demostremos a Cristo y al mundo que queremos ser buenos cristianos, eficaces anunciadores de su mensaje y lugartenientes suyos; asumamos con nuestra vida y con nuestra voz su presentación, seamos lo suficientemente cristianos como para presentarnos a los demás como 'cristos' nuevos. Así nuestro recuerdo de Jesús hoy se nos hará vida: y le testimoniaremos, como él espera de nosotros. Todavía mantiene cierta ilusión en nosotros; todavía sigue necesitando de que le representemos: viviendo su programa, la liberación del mal llegará al mundo y nosotros viviremos de su Espíritu.